

Históricas Digital

Marialba Pastor

“La estructura agraria novohispana tras el lente de la historia económica cuantitativa”

p. 335-352

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

La estructura agraria novohispana tras el lente de la historia económica cuantitativa*

MARIALBA PASTOR
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Con el libro *Precios del maíz y crisis agrícolas en México*, el historiador Enrique Florescano quiere penetrar en la compleja red de relaciones sociales y económicas que se tejieron a lo largo del siglo XVIII y que prepararon la revolución de 1810, cuya consecuencia principal fue, una década después, la independencia de Nueva España. En aquellos momentos, los problemas de la tierra dominaban la economía; “regían la vida toda de los hombres del campo e imponían su imperio riguroso sobre las actividades de los hombres de la ciudad” (p. XV). El maíz era “el alimento principal, a veces único de la población indígena, de una gran parte de los mestizos, negros, castas y españoles pobres”, así como de las bestias de carga y de tracción. Al ser el maíz el alimento y la producción principal, el movimiento de los precios de este producto afectaba a la mayor parte de las actividades económicas y a toda la población (p. 35).

Revoluciones en medio de tempestades de altos precios

La intención del libro de Florescano es analizar el desarrollo de los precios del maíz como indicadores de la situación y los conflictos de una época de la historia de México en la que se observan condiciones económicas similares a las existentes en Francia antes de su gran revolución. Si el encarecimiento y aumento de los precios del trigo constituyeron uno de los elementos centrales de la crisis del “antiguo régimen” francés, algo análogo ocurrió con el maíz y la crisis de las estructuras coloniales en Nueva España. Al respecto, Florescano comparte los “redescubrimientos” que ofrecieron los historiadores económicos a mediados del siglo XX, en particular, la convicción de que en la sociedad novohispana, al igual que en las sociedades europeas eminentemente agrícolas de los siglos XVI al

* En este texto se propone un análisis historiográfico de la obra de Enrique Florescano *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810). Ensayo sobre el movimiento de los precios y sus consecuencias económicas y sociales*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1969, XIX-256 p., ils., láms., gráfs. y cuadros (Nueva Serie, 4).

XVIII, el ciclo económico principal fue el agrícola, el de los precios de los cereales, y las crisis de subsistencias estuvieron precedidas por perturbaciones meteorológicas súbitas o por una sucesión de malas cosechas que afectaron la vida de la sociedad entera.

Según lo afirma Florescano: “La revolución de Independencia, como la Revolución Francesa, estalló en medio de una tempestad de altos precios” (p. 179). Pero, ¿cuáles fueron en el fondo las razones de tales coincidencias? Indudablemente —aunque el texto no lo expresa directamente— las afinidades culturales y políticas entre Europa y América explican por qué se produjeron reacciones similares ante problemas afines; por qué la respuesta a una sucesión de crisis agrícolas fue la sublevación popular contra el mal gobierno. Por otro lado, el libro parte de la premisa de que las fluctuaciones climáticas afectan a todo el planeta Tierra y ello explica la correspondencia entre los ciclos del trigo en Europa y los del maíz en Nueva España, así como las coincidencias con los periodos de crisis. Al igual que en Francia con el trigo, las variaciones de los precios del maíz en el siglo XVIII novohispano se vincularon con un rosario de calamidades: carestías, hambrunas y epidemias; decadencia del comercio; desempleo y emigración del campo a la ciudad; ruina de la pequeña y mediana propiedad; ganancias enormes por parte de los latifundistas y especuladores; aumento de la delincuencia, la vagancia y la mendicidad; descontento social, tensión política, etcétera.

En la primera parte del libro, Florescano presenta un largo informe acerca de estudios anteriores al suyo sobre precios en Nueva España con énfasis en los granos, así como un informe acerca de las fuentes empleadas. En la segunda parte, elabora una breve historia del almacenamiento de granos en la época colonial y destaca el interés del gobierno virreinal en proporcionarle a la población una cierta garantía de seguridad social, sobre todo después de la gran epidemia de los años 1578-1581, momento en el que se fundaron en la ciudad de México, a cargo del cabildo, un pósito y una alhóndiga para ofrecerle maíz y trigo a precios moderados a los indios y los españoles pobres. Desde entonces, sobresalieron los conflictos por el control del grano entre las autoridades municipales y los intermediarios, los regatones y agricultores rapaces. Mientras los primeros buscaban con ello conservar el orden público en la ciudad y “desvanecer los peligrosos efectos (hambre, epidemias y motines) que producen la escasez y carestía”, los otros querían especular, acaparar y provocar el alza de precios para obtener jugosas ganancias (p. 45-47).

En la tercera parte, Florescano estudia el fenómeno de los precios del maíz durante el siglo XVIII. En Nueva España, como en Europa, durante ese siglo, las crisis se sucedieron aproximadamente cada diez años y alrededor de cada diez años el movimiento cíclico produjo un aumento de

precios. Las crisis agrícolas de los diez ciclos, acaecidas entre 1720 y 1813, tuvieron amplias consecuencias. En el campo, obligaron a los trabajadores a vender sus animales, luego sus parcelas y después a emigrar a la ciudad (p. 139-147). En las ciudades, la gente tuvo problemas para preparar con maíz sus principales alimentos (tortilla, atole, tamales o pinole) y para darle de comer a sus cerdos, caballos y mulas. En esos momentos, los salarios permanecieron inmóviles. Los altos precios del maíz arrastraron consigo los precios de la carne y otros artículos de subsistencia, porque, en las sociedades preindustriales, cuando un producto básico acapara la mayor parte del ingreso de los consumidores, éste lleva a la ruina al resto de los productos.

La serie de precios del maíz que minuciosamente registra Florescano “revela que en la mayoría de los casos la crisis agrícola preparó la entrada o favoreció después la propagación de las diferentes enfermedades que asediaron a los pobladores de la capital de Nueva España”, sobre todo a los indígenas, a las “castas” y a los miserables de la ciudad. Las mortandades por epidemias aumentaron los desequilibrios entre oferta y demanda, y la pequeña producción en tiempos de buenas cosechas provocó problemas de sobreproducción y caída de los precios. Bajo esas circunstancias, el bandolerismo organizado en “cuadrillas” se elevó y, ante las oleadas de robos, asaltos y crímenes, el gobierno virreinal aumentó los castigos. “Entre 1721 y 1755 la curva de la delincuencia dibuja un movimiento semejante al de la curva de precios del maíz.” También hubo antagonismos en el ámbito político: entre las autoridades de la ciudad y el virrey, por un lado, y los agricultores, por otro (p. 160-173).

En la serie de precios del maíz se advierte la inexistencia de un movimiento de alza de larga duración y una combinación de alzas y bajas de periodos de escasez y abundancia. Florescano analiza cómo los desequilibrios entre producción, demanda y precios respondieron a la inconsistencia de las estructuras y no a los cambios meteorológicos como en el caso del movimiento cíclico (p. 183). Entre 1721 y 1778, los malos caminos, las enormes distancias, la estructura regional de los mercados, los altos costos del transporte y la política comercial de la corona española impidieron que la gran hacienda trascendiera el ámbito regional. La consolidación de las haciendas de cereales había ocurrido en la primera mitad del siglo XVIII, en estrecho vínculo con la satisfacción de un mercado regional cerrado y autosuficiente. La expansión de esta forma de propiedad a lo largo del mismo siglo se debió a la compra o apoderamiento de las tierras de los indígenas y los pequeños propietarios. Al eliminar a éstos, la oferta de grano barato se redujo, hubo mayor disponibilidad de mano de obra y, puesto que muchos indígenas emigraron a las ciudades y se convirtieron en consumidores, la demanda se incre-

mentó. Oprimida por los desequilibrios, “sin ‘la clase de pequeños propietarios que hacen felices a las naciones’, sin mercado exterior donde vaciar sus excedentes, la economía agrícola de la Nueva España no podía crear un precio medio progresivo que beneficiara a todos (pequeños, medianos y grandes agricultores, propietarios y trabajadores) e impulsara el desarrollo económico general” (p. 197). Hacia finales del siglo XVIII las mejores tierras estaban en manos de criollos y españoles.

Entre 1779 y 1810, la recuperación demográfica y el fracaso de la política de subsistencias de los pósitos y alhóndigas por fraudes e intromisión de los agricultores generaron el alza de los precios del maíz. Esta alza coincidió con el auge en la minería y el comercio, pero, en ese momento, la desigualdad social se había agudizado, la miseria y el desempleo proliferaban y los salarios se mantenían sin cambios (p. 184-195). En las anteriores circunstancias, el palacio virreinal, la alhóndiga así como las iglesias y conventos fueron asediados por multitudes que demandaron alimentos y dinero. El virrey tuvo que emprender obras de “utilidad pública” para ocupar a los desempleados en la construcción de edificios y darles un salario. Además aumentaron las obras de socorro y caridad sostenidas por la Iglesia (p. 156-160).

Florescano pone una especial atención en la crisis de 1785-1786 o “año del hambre”, cuando la pérdida de las cosechas fue general y toda la sociedad novohispana reaccionó en contra de los agricultores y especuladores, cuando la Iglesia y el virrey los condenaron e hicieron responsables del hambre. Sin que provocara conspiraciones o planes subversivos, en ese momento se generó “una toma de conciencia de las deformaciones económicas y sociales que agravaban hasta lo intolerable los efectos de la escasez”. Entre otras consecuencias importantes, “el bajo clero estrechó entonces sus contactos con los campesinos y adquirió una idea más profunda de la situación general del campo y de la propiedad” (p. 176). Esta crisis reveló la gran desigualdad social, “los daños inmensos derivados de la gran hacienda” y contribuyó “a formar una generación consciente de esos desequilibrios”. En los siguientes 24 años, hasta la revolución de Independencia, los novohispanos, particularmente algunos criollos ilustrados, advirtieron que el monopolio de las tierras y la opulencia de unos cuantos habían sido las causas del hambre y la miseria.

Estudios históricos sobre los precios

En Europa, la preocupación por imponer modelos matemáticos a lo social cobró su mayor impulso en el siglo XIX con el positivismo, el cientismo, así como la historia económica marxista y su pretensión de aprehender la

totalidad. En ese siglo se dijo que el número era la forma más segura de hacer inteligible la complejidad social. Por muy distintas vías se pretendió equiparar los métodos de las ciencias exactas y naturales a los de las ciencias sociales y humanas. Aunque el interés por reducir la historia a tablas estadísticas y descubrir leyes sociales data de ese entonces, la mayor importancia de la historia económica y social ocurrió en el periodo de entreguerras, cuando se hicieron sentir los efectos del *crack* de 1929-1930.

En ese último año se instituyó el Comité Científico Internacional para la Historia de los Precios, del cual salieron estudios tendientes a hacer de la economía histórica una ciencia similar a las ciencias naturales. Entre ellos se distinguieron los de François Simmiand y Ernest Labrousse. A partir de la aplicación del método experimental, Simmiand analizó los movimientos generales de los precios y estableció relaciones entre hechos económicos y sociales. Posteriormente su discípulo Ernest Labrousse estudió el movimiento de los precios y de los réditos en Francia en el siglo XVIII, así como la crisis económica francesa hacia el final del Antiguo Régimen.

Desde 1933 Labrousse propuso un modelo de historia cuantitativa. Este modelo, aunado al marxismo y a las aportaciones de los fundadores de la llamada Escuela de los *Annales* —Marc Bloch y Lucien Febvre—, hicieron de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études de La Sorbona el centro mundial de la llamada “nueva historia”.¹ Labrousse, junto con Fernand Braudel, Jean Meuvret, Pierre Vilar y Pierre Goubert, estableció seminarios donde muchos estudiantes aplicaron las técnicas cuantitativas al estudio de los precios de los cereales, a las fluctuaciones de la moneda, las tendencias del comercio, al crimen o la familia.² Enrique Florescano fue uno de estos estudiantes y su obra *Precios del maíz...* fue el resultado de estos cursos, así como de las recomendaciones de Ruggiero Romano y Emmanuel Le Roy Ladurie (p. XVIII). Con el estudio de los precios, la revolución cuantitativa en el campo de la historia económica se hizo primeramente patente. De ahí saltó a la historia social, sobre todo a la historia de la población y, más adelante, pasó a la historia cultural: a la historia de las religiones y de las mentalidades.

Entretanto, en América, entre 1879 y 1940, se habían dado a conocer los estudios de Adolf Soetbeer, Earl L. Hamilton y Clarence H. Haring

¹ Véase Peter Burke, *The French historical revolution. The Annales School, 1929-1989*, Cambridge, Polity, 1990, VI-152 p., p. 53-54.

² Véase Emmanuel Le Roy Ladurie, “Lo cuantitativo en historia: la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études”, en Ciro F. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli (eds.), *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, trad. de Diego Sandoval Espinosa y Reyna Pastor de Togneri, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Divulgación, 1976, 182 p. (Sep-Setentas, 280).

relacionados con la producción de metales americanos y su impacto en la economía mundial, así como con el comercio y la navegación entre España y sus colonias.³ También vieron la luz las obras de Miguel Othón de Mendizábal, Luis Chávez Orozco y Alfonso Teja Zabre, donde el entrelazamiento del indigenismo, el nacionalismo y el marxismo, dieron por resultado un primer modelo de historia económica y social “a la mexicana”.

En las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XX, franceses y norteamericanos despertaron el interés por una historia económica y social renovada (p. 5-6), alejada de los vulgares y simplificadores esquemas que reclamaban las ideologías. Los estudios de Woodrow Borah y Sherburne Cook sobre demografía indígena en el siglo XVI; el trabajo de Leslie Byrd Simpson sobre tenencia y explotación de la tierra en la época colonial; la obra de François Chevalier, *La formación de los grandes latifundios en México*, y los once volúmenes de Huguette y Pierre Chaunu *Sevilla y el Atlántico*⁴ tendrían consecuencias que hasta hoy se aprecian en la historiografía mexicana.

Después de estudiar Historia y Derecho en la Universidad Veracruzana (1956-1960), Enrique Florescano ingresó a El Colegio de México para realizar la maestría en Historia (1962-1964). En este periodo, su atracción por la historia y la historiografía económica de México, en particular por el maíz, se puso de manifiesto en algunas publicaciones.⁵ En El Colegio de México, Florescano participó en el Seminario sobre Historia Económica y Social que dirigía Silvio Zavala, donde se revalorizaba y recuperaba la vida institucional y social del periodo virreinal⁶ y se desenterraba de los archivos fuentes olvidadas a las que se aplicaban nuevas técnicas de análisis y formas de explicación. En este seminario, Florescano elaboró el artículo “El abasto y la legislación de granos en el siglo XVI”, el cual fue comentado por Gonzalo Aguirre Beltrán y Luis Chávez Orozco⁷ (p. 21). En éste apareció el conjunto de temas que sería motivo de numerosas investigaciones posteriores: los problemas del abasto de trigo y maíz en el siglo XVI en la ciudad de México; la agricultura de autoconsumo y la comercial; los cambios en los precios de los granos; los descensos demográficos; los abusos del trabajo indígena por los propietarios de tierras e intermediarios; la legislación de granos y la política alimenticia seguida

³ Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano, “Historia económica y social”, *Historia Mexicana*, v. XV, n. 2-3 [58-59], octubre 1965-marzo 1966, p. 310-378, p. 311.

⁴ *Ibid.*

⁵ De este periodo destacan la advertencia, estudio preliminar y nota a la obra de Luis Chávez Orozco, *Agricultura e industria textil de Veracruz, siglo XIX*, 1965; y con Alejandra Moreno Toscano, *Bibliografía del maíz en México*, 1966.

⁶ Florescano y Moreno Toscano, “Historia económica y social”, p. 312.

⁷ Enrique Florescano, “El abasto y la legislación de granos en el siglo XVI”, *Historia Mexicana*, v. XIV, n. 4, abril-junio 1965, p. 567-630.

por el gobierno virreinal, y la fundación de pósitos y alhóndigas. Las fuentes empleadas para este trabajo fueron crónicas e informes de la época, documentos inéditos del Archivo Municipal de la Ciudad de México y del Archivo General de la Nación y obras como las de Charles Gibson, François Chevalier y José Miranda.⁸

En 1966-1967, cuando concluyó la redacción de *Precios del maíz...* en París, Enrique Florescano tenía treinta años de edad. Si bien para Francia este trabajo significaba una acertada aplicación de las últimas técnicas de la historia económica cuantitativa, para México constituía un reto a las convenciones de la comunidad de historiadores, enfrascada en las disputas entre positivismo, marxismo y filosofía de la vida, todas ellas corrientes historiográficas parcialmente difundidas por los trasterrados

⁸ *Ibid.*, p. 567. El interés por la hacienda, entidad decisiva de la economía mexicana, nacido de la obra de François Chevalier, *La formación de los latifundios en México*, fue continuado extensamente por Florescano al analizar la composición de los mercados regionales, la vinculación de la economía nacional con la mundial, las formas de producción, el movimiento de los precios, la comercialización, las ganancias y fuentes de crédito, así como aquellos factores que había realizado Chevalier: la mentalidad señorial feudal de los grandes propietarios, su articulación social con base en la familia y sus relaciones con otros grupos de la sociedad. Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991, 229 p., p. 38. De este periodo destacan: Enrique Florescano, *Perspectivas de la historia económica cuantitativa en América Latina*, 1970; *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México (1500-1821)*, 1976; "The formation and economic structure of the hacienda in New Spain", en *The Cambridge History of Latin America*, 1984; *Estructuras y problemas agrarios de México, 1500-1821*, 1971; en colaboración con Isabel Gil Sánchez, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808", en *Historia general de México*, 1976. En los años en que fue director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1982-1988), Florescano empezó a cambiar sus intereses hacia los problemas de los mitos indígenas, la identidad étnica y las relaciones del Estado con las comunidades indígenas. Este trabajo se intensificó principalmente en la década de los noventa, anticipando la llamada de atención que hiciera el levantamiento neozapatista en 1994 hacia los problemas de las comunidades indígenas. Simultáneamente, Florescano efectuó trabajos de reflexión sobre el patrimonio cultural donde se continuaron intereses que aparecían al inicio de su carrera sobre metodología, historia e historiografía mexicanas. Véanse Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, 1987; *El mito de Quetzalcóatl*, 1993; *A fines de nuestro siglo: memoria indígena*, 1999; *Memoria indígena*, 1999; *Etnia, Estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*, 1997; *Mitos mexicanos*, 1999. Véanse también *La historia y el historiador*, 1997, y, con Ricardo Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*, 1995; como coordinador, *El patrimonio nacional de México*, 1997, y *El nuevo pasado mexicano*, 1991.

Precios del maíz y crisis agrícolas en México fue el trabajo doctoral que presentó en La Sorbona de París en 1967. A él le siguieron un conjunto de importantes indagaciones realizadas en los años setenta y ochenta del siglo XX, mientras ocupó los cargos de jefe del Departamento de Investigaciones Históricas (1971-1977) y director de Estudios Históricos (1977-1982) del Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde se desarrollaron los seminarios de Historia Económica e Historia Urbana y se elaboraron bases cuantitativas para la reconstrucción histórica de la propiedad agrícola y de la ciudad de México. Aquí, la preocupación de Florescano por la historia económica durante la época colonial se centró en los problemas agrarios, del trabajo y de la hacienda; en las crisis económicas y las epidemias en América Latina, y en el ocaso de la Nueva España y las reformas borbónicas.

españoles que habían llegado a México a causa de la guerra civil española.⁹ El libro quería escapar al tedio de la preeminencia de las explicaciones causales de la historia oficial que, respondiendo al interés de alimentar la ideología nacionalista de la Revolución Mexicana, había puesto énfasis en los factores políticos, militares y diplomáticos; había simplificado las razones de drásticas rupturas, como el movimiento de independencia de 1810 y, a veces, las había reducido a impulsos meramente emocionales (p. XV). También quería escapar al relativismo y al exceso de subjetivismo de la historia de las ideas que con José Gaos había tenido una significativa aceptación.

La vida social del maíz

Como en la obra de Ernest Labrousse *Fluctuaciones económicas e historia social*, en *Precios del maíz y crisis agrícolas* son los hombres de carne y hueso y no la naturaleza o un ser superior —como lo predicaba Adam Smith— los que establecen el precio o valor pecuniario de las mercancías en concordancia con las buenas o malas cosechas, con factores meteorológicos favorables o desfavorables, con la mano de obra disponible, con la mayor o menor circulación de maíz en el mercado, la alta o baja demanda, los juegos de poder, las ambiciones de los acaparadores y las trampas de los especuladores. En este sentido, Florescano rebasa el análisis puramente económico de los precios y penetra, aunque sea en forma muy general, en las realidades sociales y políticas. Asimismo, no incursiona en la historia económica por los temas tradicionales que se desprenden de la economía política inglesa y el marxismo, como la propiedad, el trabajo, el mercado o las relaciones entre el campo y la ciudad, sino por las listas de precios del maíz que en tiempos de la Colonia se llevaban minuciosamente y por los efectos que ocasionaban las variaciones de dichos precios (p. 24).

Según el propio Florescano, la obra es un ensayo “pionero” cuyas conclusiones sólo deben aceptarse como hipótesis que investigaciones futuras habrán de confirmar o modificar (p. 187). Sirve para comprender la situación económica y social de los indígenas, las “castas”, los mestizos y españoles pobres que poblaban las ciudades; pero, para estudiar al grupo español, requiere ser completada con estudios sobre los precios del trigo, la carne, el vino y otros productos que procedían del exterior de Nueva España, así como con estudios sobre los precios de los artículos de importación y exportación, de los productos manufactureros y del

⁹ Florescano, *El nuevo pasado mexicano...*, p. 32-33.

movimiento de los salarios (p. 35). Requiere también —según el propio Florescano— relacionar los precios del maíz con los fenómenos climáticos y con las epidemias que afectaron a la población indígena.¹⁰ A ello cabe agregar que el estudio de las series documentales sólo puede tomarse como una parte que debe ser completada con una investigación acerca del trueque —un importante tipo de intercambio que prescinde de las complicaciones que trae consigo el uso del dinero— y del mercado negro.

Aunque sea un ensayo, el libro contiene ricos y —para su tiempo— novedosos planteamientos sobre los problemas agrícolas novohispanos y sobre algunos de los conflictos que generaron la producción, la distribución y el consumo del maíz. No obstante, deja algunas preguntas básicas abiertas. Una de ellas es por qué las cíclicas crisis del maíz no transformaron el consumo de los novohispanos; por qué el maíz no se sustituyó por otro grano o tubérculo como ocurrió, por ejemplo, en Alemania, después de la guerra de Treinta Años, cuando, ante la falta de mano de obra para cultivar el trigo se empezaron a consumir patatas y éstas resultaron ser más nutritivas que el pan. O por qué no se diversificó el uso de la tierra y se introdujo más ganado o aves de corral.¹¹ Si el maíz significó para los novohispanos lo que el trigo para los franceses o el arroz para los chinos habría que analizar la relación entre cultura, cultivo y consumo, puesto que cada mercancía va acompañada de un conjunto de claves mitológicas, de conocimientos técnicos, de creencias religiosas, de prácticas sociales, inclinaciones estéticas, usos y costumbres que condicionan su producción y reproducción, su distribución y consumo.¹² Imposible disociar lo religioso de lo económico, cuando, por ejemplo, la escasez o la abundancia del maíz envía mensajes providenciales fastos o nefastos, y cuando, al haber sido uno de los principales tributos de los pueblos sometidos al imperio azteca, guardaba una significación relacionada con la servidumbre que se continuó al entregarse como contribución al gobierno virreinal y como diezmo a la Iglesia (p. 44).

Otra pregunta pendiente de resolver se refiere a los intereses de la oligarquía para que la mayoría de la población conservara una alimentación centrada en el maíz y otros pocos productos y/o las resistencias,

¹⁰ En libros posteriores, muchos de esos problemas son estudiados por Florescano.

¹¹ Véase Ivan T. Berend, "La indivisibilidad de los factores sociales y económicos del crecimiento económico. Un estudio metodológico", en Jerzy Topolski et al., *Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas. Comunicaciones al Séptimo Congreso Internacional de Historia Económica*, trad. de Joseph M. Barnadas, Barcelona, Crítica, 1981, 250 p. (Crítica/Historia, 17), p. 35-48.

¹² Véanse Fernand Braudel, "Capítulo 2. El pan de cada día", en *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 3 v., Madrid, Alianza Editorial, 1984, v. I; Arjun Appadurai (editor), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, trad. de Argelia Castillo Cano, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, 1991, 406 p., p. 60-62.

sobre todo indígenas, para modificar la dieta. Esto implica considerar que la determinación del precio sigue siempre un proceso mediado por múltiples situaciones e intereses económicos motivados por razones psicológicas, sociales o políticas como ganar poder, prestigio, seguridad o comodidad; que la demanda de cualquier mercancía responde más al deseo que a la necesidad; y que el deseo puede ser dirigido por los grupos de poder de diversas maneras, en este caso por la Iglesia católica, los funcionarios del gobierno virreinal, los caciques, los hacendados y los comerciantes, es decir, que puede haber una presión extraeconómica o de la tradición comunitaria.

Florescano muestra que la suficiencia de maíz era tan importante para la estabilidad del gobierno virreinal que éste había establecido alhóndigas y pósitos para garantizar su consumo, para regular los precios y evitar abusos y especulación. A pesar de ello, en cada crisis, los hacendados y comerciantes se las arreglaban para lucrar con esta mercancía primordial llegando a acumular por este camino riqueza en demasía. Mientras en el interior de la hacienda el patrón mostraba su avidez por la riqueza y su espíritu calculador, explotador y egoísta, el campesino se conformaba con el sustento mínimo. El asunto guardaba entonces un vínculo estrecho con dos ideas distintas del sentido del dinero y la propiedad, dos distintas relaciones del maíz y el individuo y el maíz y la comunidad que no se desarrollan en el libro.¹³

Tres tiempos, tres estructuras

En la década de los sesenta del siglo pasado, cuando los movimientos estudiantiles, feministas y de las minorías negras irrumpieron en el escenario mundial cuestionando la marginación y el autoritarismo y cuando el proceso de descolonización descubría diferencias insolubles entre el hemisferio norte y el sur, las ciencias sociales celebraban las propuestas del estructuralismo desarrolladas en la lingüística, la sociología y la antropología como recientes orientaciones para conocer con precisión la forma y el funcionamiento de todos los sistemas en los que se organiza la realidad: desde el “sistema de la personalidad” hasta el “sistema mundo”. En el caso de la historiografía, desde el periodo de entreguerras, Bloch, Febvre y sus continuadores habían preparado el camino al abandonar la “historia episódica” o sucesión cronológica de los acontecimientos y dedicarse a la de los datos profundos que posibilitan la reflexión

¹³ Georg Simmel, *Filosofía del dinero*, trad. de Ramón García Cotarelo, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977, 663 p., p. 302-303.

en torno al problema de la estructura y sus posibles aplicaciones a los estudios históricos. Ya fuera más o menos estático, el estructuralismo intentaba convertirse en el nuevo paradigma de las ciencias sociales.

Entretanto, la "ideología marxista" seguía reclamando que el investigador se sometiera a las "reglas del método histórico y dialéctico", a un pensamiento limitado y fundamentalista cuya finalidad central era proporcionar lecciones morales para, en última instancia, proteger al bloque comunista de la "ciencia burguesa". Por su lado, en forma de neopositivismo o empirismo, la "ciencia burguesa" seguía reclamando neutralidad, apego a lo observado, apartamiento de los conflictos sociales y promovía una actitud conformista frente al estado de cosas. En estas circunstancias, la corriente de *Annales* trató de conciliar marxismo y empirismo al avanzar por una "tercera vía" que, habiendo superado todo reduccionismo, intentaba recuperar la interrelación de los fenómenos y las ciencias, la totalidad de lo histórico.

Tomando las técnicas y los métodos cuantitativos, estadísticos, econométricos y estructuralistas desarrollados en las ciencias sociales, los historiadores franceses los aplicaron al estudio de la historia para acceder a los "comportamientos masivos y representativos de la realidad estudiada".¹⁴ Simmiand y Labrousse relacionaron las fluctuaciones económicas con la vida social dividiéndolas en tres estructuras de diferente duración: fluctuaciones seculares o periodos largos, en los cuales se registran ascensos y descensos que ocupan entre 40 y 50 años; ciclos de mediana duración, que ocupan entre 7 y 10 años, y ciclos breves, estacionales o anuales. Se aseguró que aquello que se refleja en las barras y las curvas de las gráficas (expansión y contracción, prosperidad y decadencia, alzas y caídas) tiene un significado social. Entonces, las variaciones de los precios —según Labrousse— guardan una íntima relación con las rentas de las distintas clases sociales, con la situación económica y la política en general.¹⁵

El modelo más acabado y atractivo del traslado de la teoría de los ciclos económicos a la historia provino de la obra de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, donde en el mar Mediterráneo y su entorno ocurren cambios históricos en tres velocidades: movimientos estructurales o de larga duración que ocupan uno o varios siglos, movimientos cíclicos o de mediana duración que cubren decenas de años y movimientos de corta duración que nacen y mueren en el curso de un año.

¹⁴ Enrique Florescano, "De la memoria del poder a la historia como explicación", en *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, 245 p., p. 113.

¹⁵ Gino Luzzatto, "Nuevas tendencias en los estudios de historia económica", en Cardoso y Pérez Brignoli (eds.), *Perspectivas...*, p. 169-171.

La idea de seguir el modelo de los tres tiempos que forman y deforman tres estructuras fue recogida por Florescano en *Precios del maíz...* Ahí sostiene que

cada uno de estos movimientos tiene una duración, ciertas características y un significado particular; cada uno se manifiesta de manera diferente, según se trate de precios de productos agrícolas o industriales; cada uno produce efectos variados, según su fuerza, su intensidad y los grupos sociales a quienes afecta [p. 85].

De esta forma, empezando por la corta duración, en el siglo XVIII en Nueva España, “el movimiento estacional de los precios refleja el movimiento estacional de las cosechas”. Cosechas abundantes significan precios bajos y cosechas escasas precios altos. Entre los bajos y los altos precios se ubican los juegos del mercado y para ello están las trojes de las haciendas —principalmente las de Chalco— que se abren o cierran a conveniencia de los grandes agricultores. Cuando las cosechas son buenas, los indígenas demandan poco de la alhóndiga, pues les basta con lo producido en sus pequeñas parcelas (p. 88-93); pero cuando hay escasez, son los hacendados los que intensifican las tensiones para que suban los precios. Los precios se repiten en cada estación: son bajos de noviembre a marzo, cuando se recoge y disfruta la cosecha, y altos en la segunda mitad del año, cuando empiezan las predicciones sobre la próxima temporada. Esta desigualdad estacional de los precios es favorable a las transacciones de los grandes propietarios, los especuladores y, sobre todo, la Iglesia (p. 109-110).

La secuencia de años buenos y malos, años de “vacas gordas” seguidos por años de “vacas flacas”, constituye los movimientos cíclicos decenales (de mediana duración) determinados, en buena medida, por la meteorología. Éstos tienen fuertes efectos sobre la vida cotidiana en la medida en que múltiples actividades se intensifican o disminuyen: la propiedad, el mercado, la circulación, los transportes, el poder de vendedores y compradores... Del mismo modo, productores y vendedores acentúan y prolongan las variaciones cíclicas, a veces con la colaboración de las autoridades municipales (p. 112). Visto en la larga duración, en todo el siglo XVIII ocurrió una sustancial modificación de la estructura económica que separó drásticamente a los productores directos de sus medios de producción con efectos económicos, sociales y políticos profundos, al parecer favorecidos, a partir de la década de 1770, por los cambios de clima, del régimen de lluvias y la alteración de las buenas y malas cosechas (p. 118).

¿Científico, técnico o peón?

En *Precios del maíz...* hay un deseo de acceder a la verdad a través del uso de nuevos métodos y técnicas, un afán de precisión que se manifiesta en el examen, análisis e interpretación de las fuentes empleadas para la reconstrucción de la historia de los precios en Nueva España (cap. II, primera parte). Por ello, y por ser el primer intento “de aplicar con rigor los métodos de la historia cuantitativa al pasado de México”, Florescano dedica las dos primeras partes de su libro a cuestiones puramente metodológicas (p. XVIII).

Florescano ve como “conquista de nuestro tiempo” la posibilidad de ofrecer una “historia mensurable”, de darle a la historia una “infra-estructura objetiva”, una base cuantitativa sólida para hacer la “interpretación cualitativa del movimiento y las estructuras históricas”, para penetrar en la vida social, política y espiritual.

Los cientos de miles de datos que integran una serie de precios son apenas los instrumentos primarios, indispensables, para construir una historia nueva, objetiva, dinámica y cuantitativa. La historia de los precios, ciertamente, ha sido la avanzada de esa nueva forma de historiar que pone al servicio del análisis histórico la observación minuciosa de los fenómenos económicos. Con todo, las series de precios sólo permiten medir, interpretar o conocer un número importante pero restringido de fenómenos; son apenas un instrumento dentro del vasto instrumental que recientemente ha desarrollado la historia económica.

La demografía histórica, la historia de otros fenómenos y sectores de la economía —añade— tendrán que ser los complementos que permitirán una nueva interpretación de la historia de México (p. 36).

En efecto, después de los aportes relevantes del estudio cuantitativo de la población y la economía agrícolas novohispanas realizados por la historiografía anglosajona a mediados del siglo XX, las investigaciones sobre minería, ganadería, comercio y hacienda pública arrojaron datos precisos sobre ascensos, caídas y tendencias a largo plazo de los fenómenos, como, por ejemplo, la producción, circulación y exportación de plata.¹⁶ Todo ello permitió producir conocimientos más amplios, completos y complejos sobre la estructura de la economía colonial que, al aunarse a los estudios regionales, abrieron puertas para una mejor vinculación entre esta esfera y los acontecimientos políticos, los comportamien-

¹⁶ Florescano, *El nuevo pasado mexicano...*, p. 38-39.

tos sociales, la mentalidad de los grupos y otros asuntos de índole “cualitativa”.¹⁷

La historia económica cuantitativa de Florescano no rechaza la síntesis global, ni aparta la historia económica de la total, ni se interesa sólo por aspectos parciales de la historia.¹⁸ En este sentido, es distinta a la anglosajona, aunque semejante al hacer gala de virtuosismo técnico, emplear un procedimiento matemático-estadístico basado en la enunciación de juicios demostrables y de relaciones causales e intentar alcanzar un grado más alto de conocimiento, de mayor comprobabilidad de las aseveraciones. Por consiguiente, Florescano se preocupa para que su lenguaje sea más denotativo (frases cortas y contundentes) que “narrativo impresionista”,¹⁹ y se cuida de caer en el relativismo histórico que admite la indeterminación conceptual.

Los apasionados defensores de la cliometría han señalado las amplias posibilidades que ofrece la historia serial para que cada investigador proporcione su “interpretación cualitativa”. Según François Furet, “el corte de la realidad histórica en series deja al historiador frente a un material fragmentado en niveles, en subsistemas, respecto al cual estará libre enseguida para proponer o no las articulaciones internas”.²⁰ Y los entusiasmados con la computadora y fascinados en contar y contar, como Le Roy Ladurie, han pronosticado que: “El historiador de mañana será programador o no será”.²¹ Los miembros de esta tendencia de la historiografía han creído que con series se completa lo fragmentario e incompleto y se alcanza la verdad. No admiten que las series por las que se revelan las tres temporalidades, por ejemplo, se superponen formando complejas redes de relaciones que siempre se encuentran en proceso de transformación y que, en realidad, hablan poco de los seres humanos.²²

¹⁷ Véase *ibid.*, p. 43.

¹⁸ Jean Bouvier, “El aparato conceptual en la historia económica contemporánea”, en Ciro F. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 190 p.

¹⁹ Véase el capítulo dedicado a los métodos cuantitativos, p. 46-52, en Peter Burke, *Historia y teoría social*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1997, 225 p.

²⁰ François Furet, “La historia cuantitativa en la construcción del hecho histórico”, en Ciro F. Cardoso, *Historia económica y cuantificación*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 182 p. (Sep/Setentas, 279), p. 161.

²¹ François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia*, trad. de Francesc Morató i Pastor, Valencia, Institutio Valenciana d'Estudis i Investigacio, Edicions Alfons El Magnànim, 1988, 284 p. (Estudios Universitarios, 35), p. 195.

²² Véase Edna A. Grijalva, “Reflexiones en torno a los estudios de tipo cuantitativo”, en Samuel Schmidt, James W. Wilkie y Manuel Esparza (eds.), *Estudios cuantitativos sobre la historia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/University of California, 1988, 236 p., diagramas.

A raíz de la revolución de la información ocurrida en la segunda mitad del siglo XX, del empleo generalizado de las computadoras y su ayuda para organizar y clasificar más y mejor los datos,²³ la técnica subió de categoría epistemológica y muchos historiadores perdieron de vista cómo los nuevos instrumentos y procedimientos estadísticos segmentan y aíslan elementos que pertenecen a un todo, cómo reducen las posibilidades de concebir y explicar los problemas históricos.

No hay modelos cibernéticos que analicen las razones de las guerras mundiales o el Holocausto; no los hay tampoco para entender el auge del fascismo o el incremento de violencia. Los fenómenos sociales son demasiado complejos para ser analizados en la variedad de sus formas con el instrumental relativamente simple, aunque detallado y preciso, de la historia cuantitativa.²⁴ No obstante, es absurdo rechazar la historia cuantitativa cuando ésta permite observar mejor las continuidades o discontinuidades de los fenómenos y cuando la supersimplificación, el encasillamiento de los fenómenos en categorías o la deshumanización de la historia también ocurren en la historia cualitativa, narrativa e impresionista. No es la aplicación de una técnica o un método, sino la experiencias y los conocimientos, la fantasía, la imaginación y la inteligencia del historiador las que determinan la calidad de sus productos.²⁵

¿El historiador es un peón, un técnico o un científico? Si la separación entre ciencia y técnica procede de la capacidad de la primera para conocer e interpretar integralmente los fenómenos que ocurren en el universo, entonces, el desmembramiento de la ciencia de la historia en “historias” —una moda que iniciaron los *annalistas* franceses— no puede rebasar el nivel de lo técnico. Ciertamente son útiles los peones que apilan datos como ladrillos, también lo son los superespecialistas que con toda minuciosidad destacan las características de lo singular; pero para que la historia sea ciencia e incida en el presente, debe ser capaz de reconocer los problemas centrales del devenir humano y debe saber distinguir entre lo sustancial y lo insustancial. A esa historia ecléctica que multiplica las temporalidades heterogéneas y no busca la totalidad de lo real ni dar explicaciones com-

²³ Se han aplicado métodos estadísticos a distintos campos de las ciencias sociales. Al iniciarse el uso generalizado de las computadoras, la información obtenida de los documentos se vaciaba en tarjetas o bandas perforadas para poderla introducir en la memoria de la computadora. Véase la técnica empleada por Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México: siglo XVI*, México, El Colegio de México, 1968, 177 p., mapas (Centro de Estudios Históricos. Nueva Serie, 2), como resultado de sus estudios en París en las mismas fechas en que Florecano escribió *Precios del maíz...*

²⁴ Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992, 153 p. (Serie General, 225), p. 33-41.

²⁵ Roderick Floud, *Métodos cuantitativos para historiadores*, 2a. ed., versión española de Jaime García-Lombardero, Madrid, Alianza Editorial, 1979, 332 p.

pletas de carácter universal, a esa historia elaborada por técnicos y peones se la ha llamado, con buen tino, "historia en migajas".²⁶

Las fuentes de la historia cuantitativa redescubiertas y trabajadas exhaustivamente en los estudios seriales han sido contratos comerciales, matrimonios, bautizos, defunciones, censos, procesos judiciales, etcétera,²⁷ hallados en registros parroquiales, actas, libros de cuentas y otros documentos.²⁸ Para tomarlas en consideración, el experto sigue las tradicionales recomendaciones de la historiografía científica: análisis de la forma como se seleccionó, organizó y clasificó el archivo donde se depositaron documentos; indagación sobre los documentos desaparecidos o destruidos; evaluación sobre la confiabilidad de la información y la mentalidad, las intenciones e intereses de la gente que los produjo, así como si había sistematicidad, racionalidad, emocionalidad o apasionamiento.

De acuerdo con Enrique Florescano, en Nueva España, durante los siglos XVII y XVIII, las oficinas de los pósitos y alhóndigas acumularon libros donde se vertieron los pequeños y grandes problemas de la distribución, la venta y el consumo del maíz. Aunque no son tan completos y abundantes por motines, incendios y otros desórdenes, son fuentes de gran valor para el historiador (p. 49). En las series que se desprenden de esos libros se advierte la cuenta pormenorizada de las ventas diarias del maíz y las fluctuaciones de los precios de consumo y de los precios de mercado (p. 54). Florescano observa las limitaciones de estas fuentes, pues el alcalde —máxima autoridad municipal— frecuentemente tenía conflictos para fijar y vigilar que el maíz se vendiera al precio justo. Aunque a partir de mediados del siglo XVIII los agricultores y el clero realizaron la venta directa, la alhóndiga siguió fijando "los *precios de consumo* de la mayor parte del maíz que se vendía en la ciudad" (p. 59), por lo cual es posible estimar los costos de vida en relación con los salarios. Los libros de pósito y alhóndiga también ofrecen información acerca de los *precios de mercado* con los cuales el investigador puede acercarse a los problemas de producción, comercio y circulación de granos (p. 61). Aunque la serie correspondiente al siglo XVIII no es completa, pues faltan 22 años en los que se carece de precios, es, "hasta donde sabemos, la primera serie larga con precios abundantes y continuos, extraídos de un mismo tipo de fuente, que se conoce en la historia de los precios de Nueva España".²⁹

²⁶ Dosse, *op. cit.*, p. 188-190.

²⁷ Robert Mandrou, "Matemáticas e historia", en Cardoso, *Historia económica y cuantificación...*

²⁸ Véanse Álvaro Matute, "La historiografía mexicana contemporánea", en *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectivas*, México, El Colegio de México, 1979, 332 p., p. 80-88, y Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, p. 32-33.

²⁹ Véase Luzzatto, *op. cit.*, p. 172.

Comparados con otras fuentes, los precios consignados en los libros de pósito y alhóndiga son para Florescano “más seguros y representativos de las alzas y bajas que afectaron al mercado de granos de la ciudad de México” porque son precios de consumo y “porque el volumen de ventas de la alhóndiga nos asegura que una gran parte de la población pagaba esos precios para adquirir el maíz que cotidianamente consumía”. La serie asegura datos abundantes y seguros, así como la *homogeneidad en el tiempo*. Por consiguiente, permite el estudio en tres temporalidades distintas (estacional, cíclica y secular o de larga duración), además de informar sobre las principales crisis (p. 66-67). Lo anterior quiere decir que, frente a esos documentos que permiten construir series, los testimonios personales, los informes de viajeros y otras fuentes que aportan datos discontinuos o dispersos pasan a un segundo término (p. 13).

Críticas a la “nueva historia”

Después de *Precios del maíz...*, Enrique Florescano fue abandonando la historia económica cuantitativa para retornar a la historia global y adentrarse más en los problemas sociales y culturales. Su extensa obra es imprescindible para estudiar la época colonial y tiene, como pocas, una importante proyección internacional. Pero además, Florescano ha sido uno de los intelectuales que más ha aportado al análisis y la crítica de la historiografía mexicana. Superando las limitaciones de sus primeros trabajos, Florescano ha criticado el “comercio de métodos y técnicas” en el que participan los historiadores y la carencia de una “plataforma epistemológica que explique realmente las relaciones sociales de los hombres y las modalidades de sus cambios en el tiempo”. La anhelada historia total —ha afirmado— no ha conseguido ni siquiera “explicar con rigor las relaciones entre uno y otro de los múltiples ‘territorios’” en los que penetra. Hay miedo por poner en evidencia los conflictos y desfases, la complejidad, las contradicciones, los cambios y las rupturas. Se prefiere una historia que ve en positivo y retorna al optimismo del progreso, al fraccionamiento de la realidad, a la descripción detallada que reflexiona poco las consecuencias de los hechos, que amontona “nuevas aportaciones” sin que éstas permitan una mejor comprensión del pasado.³⁰

Repetidores de técnicas y métodos inventados por sus antecesores y por las ciencias sociales —escribió en 1981—, los historiadores no han empleado la imaginación para utilizarla como instrumento de análisis

³⁰ Apud Enrique Florescano, “De la memoria del poder a la historia como explicación”, en *Historia, ¿para qué?...*, p. 115-127.

de los nuevos problemas.³¹ Cada vez se publica más para menos gente. La mayor parte de la producción reciente “puede calificarse de autoconsumo, pues está formada por estudios densamente especializados que sólo leen o consultan los profesionales de la historia y sus estudiantes”.³² En la medida en que la mayoría de la investigación histórica se ha realizado en el seno de instituciones académicas, éstas, aunque ciertamente están enclaustradas y alejadas de los problemas sociales, responden a los intereses de determinados sectores del Estado y la sociedad. El personal se recluta en función de estas demandas y se “favorece una selección de temas, teoría y métodos *con exclusión de otros*”.³³

Desde los años ochenta Florescano señaló los efectos desfavorables que ha generado la ausencia de crítica en los historiadores, su despolitización y desvinculación de los problemas nacionales. Los historiadores —dijo— han compensado su falta de participación social “con una relación intensa entre miembros de la misma profesión, y dentro de ésta, entre especialistas de una época, un tema o una área específica del conocimiento histórico”. A partir de 1940 los historiadores dejaron de tener una vinculación directa con “los acontecimientos que modifican su presente y también la perspectiva del pasado”. “La investigación histórica mexicana en los últimos veinte años semeja un mapa de aventuras individuales donde pululan los arrancones sin continuidad, los cruces y empalmamientos fortuitos”.³⁴

Politización no quiere decir politiquería. Ya advertía Carlos Pereyra, y el mismo Florescano lo señalaría también, las negativas consecuencias que traía consigo la sumisión de la historia a alguna política, religión o ideología; así como la legitimidad de que toda investigación científica se desarrolle con plena libertad, sin dependencia del presente o de intereses ajenos. Pero también ambos veían los inconvenientes de una historia superespecializada a la cual sólo una parte reducida del mundo académico e intelectual tuviera acceso, una historia que no cumpliera su “función social”, que no hiciera acto de presencia en la discusión de los problemas actuales ni fuera capaz de ofrecer explicaciones generales. Así, lejos de los problemas que aquejan a la humanidad, una y otra vez saltaría la pregunta: ¿historia para qué?³⁵

³¹ Enrique Florescano, “México hoy. Los historiadores y el poder”, *Nexos. Sociedad, Ciencia, Literatura*, año IV, v. 4, n. 46, octubre 1981, p. 27-37, p. 36.

³² *Ibid.*, p. 37.

³³ *Ibid.*, p. 28.

³⁴ *Ibid.*, p. 31-32, 35.

³⁵ Véanse Carlos Pereyra, “Historia, ¿para qué?”, y Enrique Florescano, “De la memoria del poder a la historia como explicación”, en *Historia, ¿para qué?*, así como Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, p. 161-162.